

Paco Bendezú. Foto: Carlos Domínguez. Iluminación: Enrique Polanco.

Francisco Bendezú

RETRATO DE UN POETA ADOLESCENTE

Carlos Aranibar

«Once more adieu. The rest let sorrow say.»
(Shakespeare. *Richard the second*, 5,1: 102)

En 1945 el ingreso a San Marcos de Paco Bendezú -en el bautismo, Francisco Eleazar Constantino Jesús del Carmen Bendezú Prieto- coincidió con el fin de la 2ª guerra mundial, que canceló una época e inició otra al compás de un nuevo tempo histórico en que todo parecía entrar en un vertiginoso remolino de inesperadas mudanzas. Y, por cosas del azar, también coincidió con mi llegada a la universidad. Es cierto que la literatura mediocre o mala abunda en casualidades, pero aún más cierto es que nuestras vidas por lo común no pasan de ser literatura mediocre o mala.

Condiscípulos en el primer año de la Facultad de Letras y Pedagogía más de una afinidad nos acercaba. Nacidos en Lima, julio de 1928 (me llevaba dos días), por su cuenta y riesgo cada uno sufrió las peripecias de Daniel Flaxton y Benito Crossi, las víctimas del torvo Hopley, el rector de la *Escuela de niños indeseables*, el gorila africano Romba, el malvado Hinkel, el bravo piel roja Ocoala, la flautista Hin Liu Ming, Dolores del Río, las leyendas moriscas de Washington Irving o los cuentos de Chaucer que leíamos en versiones para niños en la revista chilena *El Peneca*. Amén de durables impregnaciones como *Pilucho*, *Billiken*, los 300 cuentos del español Saturnino Calleja y los del uruguayo-argentino Constanicio C. Vigil, crecimos a la sombra y estímulo de textos variopintos de aventura y literarios, relato, poesía, que ponían bridas y espuelas a la imaginación infantil.

Lo hacían, asimismo, las películas de serie de Hollywood, la fábrica azul de la fantasía industrial, con sus cowboys ardidados y justicieros Buck Jones, Ken Maynard o Tim McCoy y sus temibles series de *La mano que aprieta*, *El hombre invisible* o *La invasión de Mongo*. A su debido tiempo aquellos héroes de bolsillo dejaron paso a las seductoras beldades del ecran que solían venir en tamaño valquiria, como la imponente sirena Esther Williams, la glamurosa Betty Grable o la opulenta Dorothy Lamour, del *sarong* malayo que ayer alborotó por pícaro y hoy escandalizaría por cucufato. También ellas cedieron terreno a las nuevas divas del romance, diseñadas en formato lánguido y esbelto, las gráciles Veronica Lake, Virginia Mayo, Gene Tierney. Paco jamás perdió esa adicción cinéfila que años después le haría soñar con odaliscas siempre fuera de alcance: Marilyn Monroe –la obsesión del umbrío pintor

Humareda–, Ava Gardner, Sofia Loren, Sharon Stone, Brooke Shields, Bo Derek ... A modo de virtuales Beatrices, Lauras y Amintas del siglo del petróleo, la informática, el átomo y el subdesarrollo, esas remotas e inasibles deidades del ecran serían las platónicas formas con que el poeta iba a revestir a Mercedes Ramos, María Isabella, Vinuccia, Gloria Giovanetti, sus auténticas musas de carne y hueso.

Aparte el contagioso gusto por los boleros, el jazz clásico de Duke Ellington, Glenn Miller y *Satchmo* y las novelas po-

résistance Pierre Seghers, *Poètes d'aujourd'hui*: Breton, Michaux, Cocteau, Prevert, Eluard, Apollinaire, Reverdy, Aragon. Con todo al margen y en cosas menos librescas, sentíamos franca simpatía por el Partido Aprista, en esas horas brioso y reciclado como Partido del Pueblo, que apoyó la candidatura y decidió el triunfo de José Luis Bustamante y Rivero. Paco y yo, como demasiados adolescentes de nuestra generación, esperábamos del Partido de la Estrella un profundo cambio social que aún no veíamos con claridad pero ya sen-

reina de primavera. O como Maruja Zapata, Matucha Pastor, Meche Dulanto, María Eugenia Miranda, Carlota Febres o la chica Buckley, que podían ser reinas en cualquier estación del año. También ingresó Juan Tasayco, primer moreno que pisó universidad en el Perú. Entre tantos alumnos los había de aficiones literarias y artísticas para todo gusto y gusto. O filosóficas, como Rivadeneyra y Salazar Bondy, que discutían temas que sonaban a patafisica. O geográficas como Carlos Peña Herrera, cuyo temprano conocimiento

vez o Florindo, que en los cortos recreos entre clases iluminaban el salón cantando a *cappella* marineras y valeses y usando como cajones los deslucidos pupitres de madera:

«Para ser un güen cri-o-llo de romp'irraja, de romp'irraja, cuatro cosas se precisan y esas cuatro cosas son: ser un sanmarquino, guapo y enrazao, una mulita'e pisco y una güena moza'l lao».

PACO Y EL 'TEATRO LEÍDO'

El año siguiente se activó el Teatro Universitario con Mario Rivera, joven y exigente director argentino. Florindo, el Paco, yo, inscritos como voluntarios, acudíamos a los ensayos con más humos que seriedad. Si la obra *Altitud 3200* de Luchaire nos abrumó, *Los fracasados* de Lenormand y el rigor profesional de Rivera nos pusieron en fuga. «Aquí estamos perdiendo el tiempo», repetía desairado el Paco. Tampoco Florindo duró mucho. Con todo, Paco era tan aficionado al cinema como a las ablas y en más de una ocasión, alternando con escapadas al *República*, íbamos al *Teatro del pueblo* que solía presentar en el cine *Ritz* piezas de Shaw, Pirandello, Chéjov, García Lorca. Y acudimos ansiosos, cómo no, a las presentaciones de la compañía española de Margarita Xirgú, que pronto hizo alguna escuela en el país. Con todo, más económico y a la mano resultaba siempre el *teatro casero* y algunas tardes Paco, Valencia, Pool, Bravo y yo visitábamos a Oswaldo Jiménez para improvisar sesiones de teatro leído. Nos asignábamos roles y, rotando el libro de mano en mano, con airoso garbo y prosa de día domingo 'actuábamos' en voz alta parlamentos de piezas cortas de O'Neill, Williams, Anouilh, Merimée, Sartre. Alguna vez, tras la tertulia escénica y a modo de fin de fiesta, fuimos a un restaurante cercano. Ya



Francisco Bendejú, 2003.

liciales, tras liquidar cuentas menudas con Salgari, Verne, Haggard, Dumas, Wallace, Doyle y escritores livianos de una fauna que hoy parece en peligro de extinción, fuimos clientes hidrópicos e indigestos de la Biblioteca Sopena y de las ediciones baratas de Molino, Tor, Zigzag, Ercilla, Claridad. Éramos devotos de Vallejo y Eguren y de las letras francesas, reverentes del simbolismo y el surrealismo, callados cultores de la gramática y el diccionario. Yo le criticaba al Paco no estar más familiarizado con el Siglo de Oro español y el teatro isabelino. Él perdonaba mi crasa ignorancia de la poesía francesa más reciente y me prestaba los textos de la colección del poeta y antólogo clandestino de *la*

tíamos a la vuelta de la esquina. Ambos, por afinidad, emulación o complemento teníamos que intimar. Y trabamos una amistad que no conoció término ni sombras.

*

En 1945, año en que a imagen y semejanza de la cordobesa de 1919 iniciamos en San Marcos una zarandeada reforma universitaria que abortó de mal modo en 1948, hubo casi 350 ingresantes a la Facultad de Letras y Pedagogía, con una alegre cantidad de chicas, de las muy guapas y de las no tan guapas. Bien podía nuestra aula de cachimbos jactarse de la simpatía y belleza de atractivas damitas como la impresionante Elena Rodríguez, elegida

de la geografía y el suelo peruano presagiaban al futuro profesional. O todos aquellos argüidores de compulsión que optaron por la abogacía y por los códigos, como Hernández de la Vega, Fidel Medina, Bedoya, Ortiz, Milton Fernández. O mocitos con vocación magisterial, como Manuel Benítez o Jobino Clotario Vásquez Ruiz. O ágiles hurones que ya husmeaban novedades, como Luis Loli, Paco Igartua o Pedrito Álvarez del Villar, que pronto dieron luces a periódicos y revistas locales y del extranjero. O poetas de azorado perfil como Roger Darío de la Vega que, aparte sus raras condiciones de imitador y mimo, en 1945 editó un librito de poemas. O musicantes como Gál-

inquieta la garganta con alguna cerveza, entonamos canciones de moda. Jiménez nos cautivó con un yaraví de su terruño. Su voz quebrada cortaba los octosílabos como en las vidalitas, con una queja cuyo *pathos*, así rompiera el metro, ni siquiera al Paco dejó de turbar:

*«Ilusiones y esperanzas,
una a una se terminan.
Cuando una pena se acaba
nace otra pena, ¡ay!, en el
alma.
En la vida, ¡ay!, en el cami-
no
muchas veces encontramos
el placer, que va de prisa
y el dolor, que va despacio.
Soy la hoja desprendida
del árbol más infeliz.
Solo sufro, ¡ay!, solo lloro,
solito he de morir.»*

Paco solía ocultar sus emociones, gesto común a toda alma tierna y rasgo de educación familiar que advertí en sus hermanos Jesús, que devino distinguido cardiólogo, y Andrésito, que de joven gustaba de la historia y al que un día envolvió la sorda penumbra del mal de Alzheimer. Si aquella vez y contra costumbre el Paco no tildó de 'sentimentaloidé' a Jiménez, al día siguiente me espetó: «Hay que estar borracho para buscar la tristeza. Si la vida sólo fuera lo que canta ese yaraví, no habría lugar para el arte ni para la poesía. El dolor extremo aniquila a la belleza. Pero ahí están la mujer, los sueños, el amor, la fantasía ... ¿Hay otra receta para tratar de ser feliz?» ¡Ah, las cosas del Paco!

PACO Y TASAYCO

Un colega de 1945 que no olvido es el moreno Juan Tasayco, fallecido hace pocos años. De humilde cuna, luchaba contra *handicaps* y prejuicios, que los había de sobra. No le era fácil hacer amigos y, víctima de un raro y personal tropismo, solía espigar con fruición el *Diccionario de la Real Academia* y escoger palabras poco usuales y exóticas con que engalanar sus

pláticas. El Paco y yo tuvimos su especial amistad y éramos de los primeros en oírle estrenar voces, latinajos y locuciones extrañas como *puntillón*, *in albis*, *desconvenible*, *tiquismiquis*, *concolega*, *camelista*, *soplarse las manos*, *chichirimico*, *barrunte* y otras que embutía casi al tuntún en la conversación y con la más glacial seriedad del mundo. En una clase de metafísica protestó en voz alta por el batiburrillo de un compañero y el profesor Alarco, al oír 'burrillo' y tomando el rábano por las hojas, se sintió agraviado, montó en cólera, lo

de coca. Finca = hogar. Misio = sin dinero. Merfi = firme. Chelfa = enamorada. De turno = de noche. Cantujar = hablar. Jato = cuarto de alquiler o cuchitril. Rofles = flores. Esteban = este. Palo trinador o viola = guitarra. Etc. Se licenció en Derecho tras una tesis de grado con título muy idóneo, algo así como *Factores etiogénicos de la delincuencia culposa* y por los años 60 fue cabeza de grupo de los 'melamodernos', que entonces luchaban por una cultura peruana de inclusión y la conquista de los derechos civiles y sociales para los

con voz ronca: «¡El blanco siempre gana!».

Nunca antes le oí volver vibrante una consonante líquida. Pero mucho más me sorprendió su tono, que no trasuntaba queja, resignación o rencor. Era un aceptar lo obvio, como decir que son las diez de la noche, que hace calor, que está garuando, que el *Manchester United* va a golear o que el Congreso de la república no acierta una. López Albújar afirmó que en 50 años de juez nunca vio que un indio le ganase un juicio a un blanco. Harto curiosa la admisión, para

glos, envilecida y marginada y la confinamos a lucir prendas y virtudes en el arte culinario, el boxeo y el fútbol o en la música y los bailes populares de cajón y zapateado. Sentí que todo lo condensaba la doñida queja: «El blanco siempre gana». En un ensayo juvenil mi maestro Raúl Porras escribió que la injusticia «parece menos dura cuando hay una voz viril que la denuncia y condena».

PRIMEROS PININOS EN LA FACULTAD DE LETRAS

No nos iba mal a Paco Bendezú y a mí, acolleraados en un vanidoso club de *free lancers*: Enrique Florindo, Hugo Bravo, Gonzalo Rose Gros, José Casapía, Alberto Valencia, Manuel Covarrubias, Luis Loli o los hermanos Freyre, que me recordaban a los comediógrafos españoles Álvarez Quintero, pues cada uno concluía con normalidad y sindéresis la frase que iniciaba el otro. Eran fervidos admiradores de José Santos Chocano, cuyas poesías recitaban al alimón, como lo era el Paco de Éluard y Rimbaud, como Gonzalo Rose de Neruda o como yo de Shakespeare, Lope, Rubén. En el curso de Jiménez Borja rendimos exposiciones sobre autores peruanos. Paco habló sobre César Vallejo, tras búsquedas que nos llevaron a casa del poeta Juan Ríos Rey, con quien forjé una amistad que duró más de treinta años. Lo admirábamos por haber trocado su buen pasar miraflorentino por las penurias de la defensa de la España republicana y por haber conocido y tratado en sus últimos días a nuestro ídolo Vallejo, el poeta más grande del Perú, muerto en París en 1938. Yo expuse en clase mi admiración por José María Eguren, el poeta niño del candor y la melancolía. Otras disertaciones, de Vía Ortega sobre filosofía, de Oscar Doria sobre Mariátegui, no podían competir con las nuestras, no por su calidad



Bar «Palermo» años cincuenta. Sentados de izquierda a derecha: Oswaldo Reynoso, Víctor Ponce, Carmen Pimentel, Antonio Peña Cabrera, Carlos Aranibar (autor del presente texto), José Portocarrero. Parados: Alfredo Castellanos, Oscar Franco, Aníbal Quijano, Washington Delgado, Raúl Peña Cabrera, Felipe Rivas Mendo, Willy Pinto, Manuel Velásquez y Víctor Li Carrillo.

expulsó del aula y amenazó con reprobarlo a fin de año. Al Paco y a mí nos dio trabajo convencer al iracundo Alarco de la buena fe de Tasayco. Aunque un buen rato se mantuvo en sus trece, como no era hombre de rencores y entendido el *quid pro quo*, no vaciló en rectificarse.

Cuando estaba de buen humor, que era un día sí y otro también, Juanito nos enseñaba algunos vocablos de *replana*, la jerga de los bajos fondos. Todavía recuerdo una que otra equivalencia: Arruga = deuda. Cristalina, Cervantes o espumante = cerveza. Cáncamo = cigarrillo. Bobo = reloj o corazón. Techito = sombrero. Misio = yo. Susiona = tú. Feligrés = amigo, fulano. Jamancia verdosa = hoja

afrodescendientes. El *Instituto interamericano de derechos humanos*, en informe de Costa Rica de VIII-2003, reconoce que «el doctor Tasayco fue uno de los pioneros en el desarrollo del sentimiento de ciudadanía que hoy anima a muchas de las organizaciones afroperuanas».

Nos encontramos un día por la década del 90 en la calle Larco, en Miraflores. Tomamos un café y cruzamos sucinta razón de nuestras andanzas. Lo noté algo cansado y pesimista. Y lastimero, cosa inusual en el Juanito de otrora. Me confesó que no le iba bien en el ejercicio profesional. «Todos prefieren un abogado blanco», dijo. «Lo mismo la gente de color. No confía en su raza». Y, sin transición, exclamó

hecha por boca de un magistrado. Mas en la frase de Juanito, en sordina y bajo velo neutral, resonaba un eco remoto que parecía venir del hondón de los tiempos, como aquel desolado «no hay remedio» con que en el siglo XVII el indio rebelde Huaman Poma denunciaba la injusticia colonial. Que en el Perú ha sido y es enconado el prejuicio racial no es teorema por demostrar. En vano la iglesia trató de embellecer al beato Martín, nunca hemos tenido un presidente negro ni obispo, general de ejército, director de empresa, oficial de marina, diplomático, rector, congresista o ministro negro. A mucho dar, fingimos comprensión y simpatía por una raza castigada por si-

sino por el aplauso y estrépito bravucón de nuestra *claque*, como barra brava que intimida en un *match* de fútbol. Con tan pobre moneda, pagados de nuestra suerte Paco y yo aceptamos ofrecer charlas gratuitas en la Universidad Popular González Prada para obreros que funcionaba por las noches en un desvinciado cine de barrio, el *Omnia*, suerte de criolla y ruinosa *casa Usher*. La invitación nos la hizo Alberto Valencia que, aparte de la UPGP, trabajaba en *La Tribuna*, órgano del Partido del Pueblo. Para esta ocasión, tal en un juego de cortesías, Paco y yo permutamos roles. Deleitó a sus oyentes con vivaces lecciones sobre Eguren. En cuanto a los míos, al contarles no sé qué pasajes biográficos y recitarles no sé qué trozos poéticos de Vallejo, les iba ganando el sueño, a ojos vistas. Pero, ¡qué va, eran clases nocturnas!, me digo ahora.

EL 'PENTAULTRA' Y EL 'ABSURDISMO'

A iniciativa de Paco formamos un clan de cinco miembros: él, Rose, Valencia, Casapía, yo. Llamamos al grupo 'Pentaultra', ¡los cinco que iban más allá! Metimos harta bulla en la Facultad, palabras sobraban. Pero era *nullius in verba*, ruido y cháchara. El equipo, como tal, nunca publicó una letra. Tampoco fue su vocero la revista *Épsilon*, como se ha dicho con buena fe. Ni Álvarez formó parte de él. Poetas convictos y confesos, Rose, Bendezú –que ya en 1943 en el *Boletín Recoletano* publicara *Panorama invernal*, su primer poema– y Valencia gozaban de cabal ciudadanía. Mi propia posición era la de un oscuro meteco extraviado en la luminosa Atenas. Sólo había compuesto unas pocas y torpes traducciones de Verlaine y Shakespeare y tres o cuatro poemas hartamente medios que escaparon del limbo sin mi voluntad, cuando a mis espaldas el buen amigo Pool los remitió a

una pequeña revista española ilustrada, *Rubén*.

Pepe Casapía Toro Lira era la incógnita. Lo veíamos como poeta o novelista en potencia y jurábamos que en algún momento daría la gran sorpresa. Nos deslumbró al resumirnos la trama de un cuento suyo con galanura y lucidez tan alambicadas que sólo después caímos en cuenta de que era una parodia ingeniosa de *La metamorfosis* de Kafka, con uno que otro pasaje camuflado del *Opio* de Cocteau. Aun con todo y eso, era pegadizo su proyecto de editar un órgano del 'Pentaultra' y, aparte nuestras futuras colaboraciones, contábamos con la promesa de un inédito relato de Manuel Beingolea y un artículo de Felipe Adán Mejía, *el Corregidor*. Tal revista nunca vio la luz, pero el *logo* del grupo cuajó en un formato de minilibro de 21 x 13.5 cm. al que, con los años, ajustaron sus primeras ediciones de poesías Rose, Bendezú, Valencia (alguien me informó que Casapía también lo hizo, en un pequeño folleto que nunca pude ver). Yo traté en vano de aumentar el grupo con un sexto miembro, el poeta Oswaldo Jiménez Rojas, que de niño fue pastor de llamas en la puna de Yauyos. Joven de cálida pulsión proletaria y corazón noble, me dedicó su poema *¡Adónde vas, bohemio sin sombrero!* En 1948, con la ayuda de su hermana publiqué su poemario *De acero somos*, en una edición clandestina (tiempos del dictador Odría, que desterró a Oswaldo a Buenos Aires). Procuré anular la obvia objeción: nuestro grupo amenazaba crecer a *Exaultra*, *Heptaultra* y así hasta el infinito. De poco y nada me valió. Mi candidato fue sometido a un sañudo y estrafulario examen de admisión ante un hosco y maligno tribunal de inquisidores heréticos. Leyó algunos de sus poemas y el inclemente jurado de pentaultristas lo descalificó por mayoría, por 'poeta más malo que bueno'.

Fue el inicio del fin. El clan se disolvió como naciera, con hartos ruidos y sin nueces. En acto de contrición el Paco y yo, para remediar el fiasco, creamos de boca una tremenda escuela literaria que al final de las cuentas, como agua de borrajas, ni enfermó ni salvó a nadie. Con en los oídos ecos de Marinetti, Tzará, Breton, de *Tres inmensas novelas* de Vicente Huidobro y su creacionismo y la revulsiva *contingencia* existencialista del Roquentin de *La nausée* de Sartre, bautizamos al engendro de 'absurdismo'.

«Paco era bullente, batallador de arremetida. Nunca pudo andar a la sombra. Siempre ocupaba su espacio y el ajeno, como esos seres de privilegio a los que en el reparto del planeta les tocó más de un huso horario. Vivía en la plaza Cuba (ahora, Mariscal Cáceres) y poseía una creciente biblioteca de autores franceses. Aunque incapaz de hacer daño a nadie, su talante y espontaneidad le hacían a menudo incurrir en *boutades* y no era fácil meterlo en costura. Un poeta rival, Sebastián Salazar Bondy, acuñó el dicho: «De lo bueno poco, de lo malo Paco». La frase hizo fortuna y el pícaro Sebastián, al preguntarle si era de su cosecha, me dijo, sonriente: «Y tú, ¿qué crees?». Pero al Paco no le entraban balas. Llegado el caso, asumía el aire wotaniano del que mora en el Valhalla en alturas a que no llegan dardos. Solía sorprenderme con alguna novedad o, al menos, daba cariz inopinado a cosas manidas. Burla burlando aludía al Siglo de Oro y, afilando la voz, me decía en son de caritativo reproche: «Mira, Carlos, no debes decir *abajo* sino *ayuso*, *murciélagos* sino *murciégalo*, *cerebro* sino *celebro*, *medicina* sino *melecina*, *catedral* sino *catredal*. Puedo hacer-te una pequeña lista de voces prohibidas. Por ejemplo, jamás hables del 'edificio de la Municipalidad' sino del 'casalicio del Ayuntamiento', como se usaba en el siglo XVI, tu época». ¡Ah, las cosas del Paco!

Era un afán pueril de revitalizar la poesía universal con un impulso virgen, cuyo eje y motivo renovador podría ser el absurdo, mondo y lirondo. Vivíamos la edad de oro en que se sueña que por la sola fuerza del deseo y la imaginación se cumplirán un día nuestros mayores anhelos y esperanzas y que empujándonos un poco lograríamos descolgar una estrella de lo alto. Nunca hubo teoría ni práctica de la inédita escuela pero Paco y yo la aludíamos como *work in progress*, hablábamos de ella con fogoso arrebatado por las cuatro esquinas del mundo y, como la rana de Esopo, nos hinchábamos con las futuras glorias de esta novísima tienda literaria, que cierta vez definimos con huachafa retórica: «El ab-

surdismo es el eco mudo y la ciega visión de una sonora ventana que se abre y cierra sin soplo de viento ni mano de hombre». La carátula de una próxima revista, que felizmente jamás llegó a nacer, por arbitraria decisión del Paco mostraría un entreabierto ventanuco veneciano y mi corbata flotando al viento. ¡Con poco se satisface un poeta adolescente!

Paco era bullente, batallador de arremetida. Nunca pudo andar a la sombra. Siempre ocupaba su espacio y el ajeno, como esos seres de privilegio a los que en el reparto del planeta les tocó más de un huso horario. Vivía en la plaza Cuba (ahora, Mariscal Cáceres) y poseía una creciente biblioteca de autores franceses. Aunque incapaz de hacer daño a nadie, su talante y espontaneidad le hacían a menudo incurrir en *boutades* y no era fácil meterlo en costura. Un poeta rival, Sebastián Salazar Bondy, acuñó el dicho: «De lo bueno poco, de lo malo Paco». La frase hizo fortuna y el pícaro Sebastián, al preguntarle si era de su cosecha, me dijo, sonriente: «Y tú, ¿qué crees?». Pero al Paco no le entraban balas. Llegado el caso, asumía el aire wotaniano del que mora en el Valhalla en alturas a que no llegan dardos. Solía sorprenderme con alguna novedad o, al menos, daba cariz inopinado a cosas manidas. Burla burlando aludía al Siglo de Oro y, afilando la voz, me decía en son de caritativo reproche: «Mira, Carlos, no debes decir *abajo* sino *ayuso*, *murciélagos* sino *murciégalo*, *cerebro* sino *celebro*, *medicina* sino *melecina*, *catedral* sino *catredal*. Puedo hacer-te una pequeña lista de voces prohibidas. Por ejemplo, jamás hables del 'edificio de la Municipalidad' sino del 'casalicio del Ayuntamiento', como se usaba en el siglo XVI, tu época». ¡Ah, las cosas del Paco!

PACO Y FERNANDO

Una temporada Paco y

yo nos reuníamos en un bar cercano con Fernando Quispez Asín Roca, bohemio poeta fogueado con la *escritura automática* y el *cadáver exquisito*, que un día comenzó a perder piso ante la droga y falleció en 1962 a los treintaitantos años de su edad. Su libro *Paisajes para una emperatriz* (Lima, edición póstuma, 1963), a mi juicio uno de los mejores logros poéticos del surrealismo peruano, contiene trozos de intenso lirismo –lirismo surreal, en todo caso–, como en *Muerte de un poeta*:

«Fuente errante de burbujas ardientes
imposible quemar la llama negra
su brisa caliente el corazón
mas tu fulgor no es un destello que se ha quedado en los ojos
porque aún más allá del crepúsculo insondable
en donde se trituran los cisnes
la Eternidad es un matiz».

Eran de ver su notable despejo y su fantasía borboteante, como de un ADN familiar –era sobrino del poeta César Moro y del pintor y muralista Carlos Quispez Asín. Lucía de modo natural, sin mayor esfuerzo que el que tú o yo hacemos para respirar, sutileza y vivacidad arrolladora. De aguzado sentido del humor, era un *causeur* excéntrico y ameno que, como el genio de Aladino, de una lámpara invisible y como a bulto sacaba yo no sé qué temas y chascarrillos con liviandad y destreza de prestidigitador. Un día él y el pintor Víctor Humareda, aún ignorado por *marchands* y galerías de arte, que ocupaba un mezquino cuchitril en cierto hotelucho de mala muerte en La Victoria y que firmando como *Aquiles Troyán* hacía por las noches caricaturas de a dos soles en cantinas y burdeles, me acompañaron al salón de billar, que ya se iba volviendo mi segunda casa. De pronto Fernando, adoptando un cómico aire de lechuguino burlón, improvisó un rosario de superlativos que

pronunciaba con pausas y énfasis teatrales:

-Di, Humita, ¿qué harías si se te acerca insinuante una mujer bella, bellísima, que tiene el cuerpo de Betty Grabble, las cejas de María Félix, los andares de Salomé, la cabellera de Rita Hayworth, las piernas de Marilyn Monroe, los millones de Rockefeller, la inteligencia de Einstein ... y la cara de Huma?

El hurraño pintor puneño, que no era ningún Adonis y bien lo sabía, estalló en carcajadas. Y, más de una vez, por el regusto de volver a oír el cuento, fingía del olvido y de la mala memoria y a media voz me decía: «Oye, ¿te acuerdas cómo era eso de Fernando ..., eso de la mujer con la cara de Huma, eso?»

Con rara facilidad solía Paco taracear giros y vocablos de *poetas malditos* con centellas de la pirotecnica surrealista. Como a la sombra de Apollinaire o de Rimbaud, chisporroteaba de súbito: «El 1 es macho, el 2 y el 3 hembras, el 4 macho. El 5, de las dos armas ...». Más de una vez en un bar, frente a un par de cervezas él y Fernando se enzarzaban en eléctrico y fascinante duelo de ingenios. En sendas servilletas de papel improvisaban líneas de verso, leían en alta voz lo escrito, estrujaban los inútiles borradores ... y punto. No aspiró a recordarlos. Pero los evoco a manera de las esquiras sobrantes que desdeña el escultor inspirado. O quizá como trozos cuasi musicales de ese vocabulario surrealista que desprende lascas luminosas que enciegan, el léxico amado y secreto de Apollinaire, Éluard, Bretón, que nadie puede ya imitar. Emerson sugería crear «a new department of poetry, namely verses of Portfolio» para hacer sitio a esa compulsiva gimnasia que, sin importarle su publicación, le hace al artista escribir de modo frenético sólo porque tiene que escribir. Pero no sé si entonces me sorprendía más

la pasmosa agilidad poética del Paco y de Fernando o su irreflexivo desenfado al destruir para siempre esas fugaces bellezas de pompa y artificio nacidas al azar y condenadas a no volver a ver la luz.

LAS LECTURAS DE PACO

Aparte muchas otras cosas, cada generación literaria comparte sus lecturas. Si la del *Centenario*, que un día se autollamó *anatoliana*, admiró a Barbusse, Istrati, Remarque, Hamsun, Rolland, France, Renán, Ortega, Valery

1945 casi nadie sabía mucho ni poco de James Joyce, ya Paco celebraba el mugido evocado a capricho al comienzo de *A portrait of the Artist as a Young Man* («there was a moocow coming down along the road»), en la versión española que en 1926 hizo Alonso Donado (= Dámaso Alonso). O recitaba la conocida jitanjáfora del *Ulysses* en la insegura traslación de Salas Subirat (Santiago Rueda, 1945. Según Borges «la traducción era muy mala»). Esta primera versión castellana decía:

Jinbad the Jailer and Whinbad the Whaler and Ninbad the Nailer and Finbad the Failer and Binbad the Bailer and Pinbad the Pailer and Minbad the Mailer and Hinbad the Hailer and Rinbad the Railer and Dinbad the Kailer and Vinbad the Quailer and Linbad the Yailer and Xinbad the Phthailer».

Excluído algún arrinconado artículo, por pocos leído y de ninguna difusión, vgr. *Guermantes, mirador de Francia* que en 1942 publicó en la edición

hora del cierre, desvelando autores y libros como cazadores en safari que van hollando selva virgen. En ocasión, vergonzante, retrasé mi salida al ver que el Paco seguía absorto en su lectura. El me confesó que más de una vez hizo lo mismo y, sin más acuerdo, solíamos esperar que a la hora de cerrar nos expulsasen a ambos del Paraíso. Frutos en agraz de aquellas fugaces horas fueron 'Pentaultra', el absurdisimo y algún otro omisible aborto literario. Pero fueron, también, horas felices de temple y formación de un poeta adolescente que a sus tiempos iba a esmaltar gemas de acendrada belleza. Como *Los años*, que con generosidad me dedicó.

LOS AÑOS. TWILIGHT

En *Los años*, joya de su *Arte menor* y uno de sus raros poemas en heptasílabos rimados, el tema es *leit motiv* de su poesía más temprana (vgr. *Fantasma, Elegía, Visión*) y viejo *topos* de las letras medievales y renacentistas -y de toda época. Es el *ubi sunt qui ante nos fuerunt* (¿dónde están los que vivieron antes de nosotros?), cuyo origen suele remontarse, si no a la bravura semipagana de la poesía anglosajona del *Beowulf* y *The wanderer* (*hwær cworm = where has gone?*) y el anónimo poema del siglo XIII («*uuere beth they biforen vs weren*»), a los *dicta* de Bernard de Clairvaux y aun a los escritos veterotestamentarios, en especial, el *Eclesiastés*. Pero siento que aquella imagen sórdida y pesimista de la caducidad humana ante la muerte inexorable y la consoladora y fantasmal trasvida que el cristianismo promete, poca relación, si alguna, guardan con esa lene añoranza, ese romántico núcleo erotemático en torno al cual resurge la estela de viejos amores y, de modo viril y generoso, la remembranza de un Edén perdido que la memoria convoca y revive sin planito, con agreste dulzura.

Los años de Paco Ben-



Francisco Bendejú leyendo un texto en la Universidad de San Marcos. De izquierda a derecha: César Lévano, Alejandro Romualdo, Juan Ríos, Carlos Germán Belli, Sánchez Málaga, Arturo Corcuera y Pablo Guevara.

Larbaud, Rodó, Alas, Mann, la *Generación de posguerra* (o del Cincuenta) descubrió a Malraux, Kafka, Faulkner, Joyce, Sartre, Sholojov, Gide, Borges, Hesse, Chesterton, Proust, Greene, Sábato, Camus. Siempre de avanzadilla, el Paco los difundía o comentaba con sencillez y sin parsimonia ni jactancia. Muy poco se conocía de Jean-Paul Sartre, del que apenas circulaban en español *La náusea* y *El muro*, pero ya me informaba el Paco: «Mira nuestra huachafería limeña. Anuncia el periódico que en Londres se ha de estrenar *La putain respectuese* de Sartre, pero pone *La puritana respetuosa* porque no se atreve a escribir *La puta respetuosa*».

Aunque en la cómoda y presuntuosa Lima de

«*Simbad el Marino y Timbad el Timbalero y Jimbad el Jinetero y Whimbard el Güisquero y Nimbad el Negrero y Fimbard el Finquero y Pimbard el Pinero y Mimbard el Minero y Nimbad el Heñero y Rimbad el Rumero y Dimbad el Dinamitero y Vimbad el Vimbrero y Limbad el Limero y Ximbard el Yerbatero*».

Rendición afectada y cacofónica de un texto que en la versión inglesa, por provenir de hombre tan musical como Joyce, suena a un minúsculo *tema con variazione* que quizá -si lo que digo no es un dislate mayor- debiera ejecutarse en las cuerdas en *langsam* y con marcado y explosivo *pizzicato Bartók*.

«*Sinbad the Sailor and Tinbad the Tailor and*

vespertina de *El Comercio* el poeta y futuro diplomático José Alvarado Sánchez ('Vicente Azar'), era insólito en nuestro medio leer y aludir a Marcel Proust. Mas Paco me ponía en autos: «¿Sabes que Gide se opuso a la publicación de *En busca del tiempo perdido*? ¿Sabes que Albertina era, en realidad, el chofer Albertini? ¿Sabes que Proust forró en corcho las paredes de su cuarto para trabajar tranquilo, sin los ruidos del exterior?»

Ya que en la Facultad las clases copaban las mañanas, por las tardes solíamos encerrarnos como a piedra y lodo en la biblioteca, cuya gigantesca sala de lectura ocupaba el vestíbulo general de la universidad. Allí gozábamos a pierna tendida y sin más límite que la irritante

dezú no es, de ningún modo, poesía de angustia y de aflicción como un lamentoso *Rubaiyat*, sino más bien una suerte de nostalgia celebratoria. Más que con la tierna y ocasional *saudade* lírica de Camões o con un lamento manriqueño o becqueriano, alinea con la vena contemplativa y serena de un Pierre Ronsard o de un Friedrich Hölderlin y, en parangón muy más estrecho, con *Où sont les neiges d'antan* del poema *Des dames du temps jadis* del infortunado trovero medieval François Villon:

«¿Do está, amigo mío,
el aire transparente
de las noches de estío?»
...
La virgen que soñamos,
¡ay!, ya no la buscamos:
¿por qué mortal pradera
rodó su cabellera?
...
El corazón no suma
los meses a los meses;
el corazón rezuma
eternidad... ¡a veces!
¿Dó está, amigo mío,
el aire transparente
de las noches de estío?»
(Los años. 1946).

Pero Paco no es nunca un mero espectador. Su yo poético suele involucrarse en hondo lirismo que fluye en algunas sentidas piezas del amor total, como cuando lo evoca la tarda e inútil esperanza en el hermoso poema *Twilight*, que no debiera faltar en ningún florilegio de la poesía peruana y que él dedicó a Mercedes Ramos-Olivera, su musa eterna. Quizá el lector perciba el aletear salaverrino del ave que vuela moribunda «buscando un nido entre la mar y el cielo», pero ahora convertido en una queja desgarrada:

«¡Yo quiero que me digan
si el amor, como los pájaros,
se va a morir al cielo!
...
¡No me digas que te quise!
Te quiero.
Te debía este lamento y,
aunque un grito
mi sangre apenas sea,
también te lo debía: un solo
interminable

de un corazón en las tinieblas».

PACO Y ALBERTO

Por lo común, los juicios de Paco en materia literaria solían ser demolidores. A Alberto Valencia le criticaba parodiar a Julio Garrido Malaver ('veterano' shilico, de 36 años) y a Antenor Sarniego, ambos poetas casi oficiales del Partido del Pueblo. De Garrido solía decir: «¡Lástima! ... ¡No se atreve a ser universal!» Y a su *Dimensión de la piedra*, sin aplaudirla mucho, la dejaba pasar:

«Monologo en la piedra y digo y digo lo mismo que en mi voz cuando hablo para el viento.
Y me horada una duda en lo más hondo lo mismo que una pena. Y me sorprende la idea más antigua sobre el hombre como un golpe de gracia que se quiebra, quebrándome, en dos partes: el origen y el fin, esto es, la nada».

Alberto Valencia Cárdenas, que hizo carrera en la política como secretario de Priale y de Sánchez y como parlamentario, se inició como vate con un sincero empuje de militante de partido. Más tarde cultivó el periodismo de actualidad y su producción poética no careció de entusiasmo y brío. Sin embargo, nunca lo convenció mucho César Vallejo, autor que en mi profana experiencia es una infallible piedra de toque. La obra de Valencia incluye sonoras piezas en verso blanco, aunque dotadas de música y ritmo, como su *Apoteosis del verbo* que dedicó a su maestro Haya de la Torre, moldeada en *gruppetti* de la forma modernista /oóo /oóo /oóo, que recuerda mucho la *Marcha triunfal* de Rubén: «Cantemos alegres los viejos combates las nuevas hazañas. Los viejos dolores, las viejas prisiones que nadie recuerde,

pues Dios es un viejo que todos los días conversa en las tardes de filosofía».

A menudo el Paco le censuraba a Valencia que por intentar a cualquier precio una literatura *engagé* descuidase la belleza formal y bastardease la poesía con alguna rémora social efímera o adventicia. No le llenaba el ojo la escansión métrica porque, sin la precoz simiente del Siglo de Oro, Paco siempre hizo verso libre (décadas más tarde, entrevistado por Maynor Freyre, recomendó: «Los jóvenes deberían empezar por escribir sus romances, sus sonetos, sus espinelas, aprender a medir sus versos antes de dedicarse al verso libre»). Pero Valencia, que reforzaba sus palabras y acciones con modales que lucían agresivos —porque a menudo lo eran—, le hacía ningún caso y se burlaba de las sulamitas intemporales y las divas inespaciales del Paco. Desde su niñez en Pausa fue activista a tiempo completo y en 1945, al margen del quehacer de lirida, se daba tiempo y maña para atender San Marcos, escribir en *La Tribuna* y monitorear una universidad popular. Le atraía el deporte y las pocas veces que yo iba al gimnasio lo veía trepando la soga de nudos o jugando *basket ball* con Tasayco y colegas como Carlos Enrique Melgar, cultor de ejercicios de gimnasia y fuerza y en cuya palma de la mano ni siquiera un avezado gitano adivinara al futuro congresal aprista, ora envuelto en su propia telaraña en el informe de Cayara, ora autor de la delirante arquitectura de una casa de cariz maléfico que levantó en el exclusivo balneario de Punta Negra. O como Fernando Llosa Porras, admirador de su tío Raúl Porras, que en vacaciones cargaba líos y petates e iba a buscar oro de placeres en la inhóspita selva de Madre de Dios y volvía, claro, con la barba crecida y nada entre las manos.



1. Francisco Bendezú, Alberto Hidalgo, Arturo Corcuera, Juan Gonzalo Rose, Gustavo Valcarcel, César Calvo, Vargas Vicuña y Héctor Berjar al centro en la alfombra.
2. Libros de Rose y Bendezú dedicados a Carlos Aranibar.
3. En un chifa limeño Paco con Wáshington Delgado y Oswaldo Reynoso, 1975.
4. Francisco Bendezú.

PACO Y GONZALO

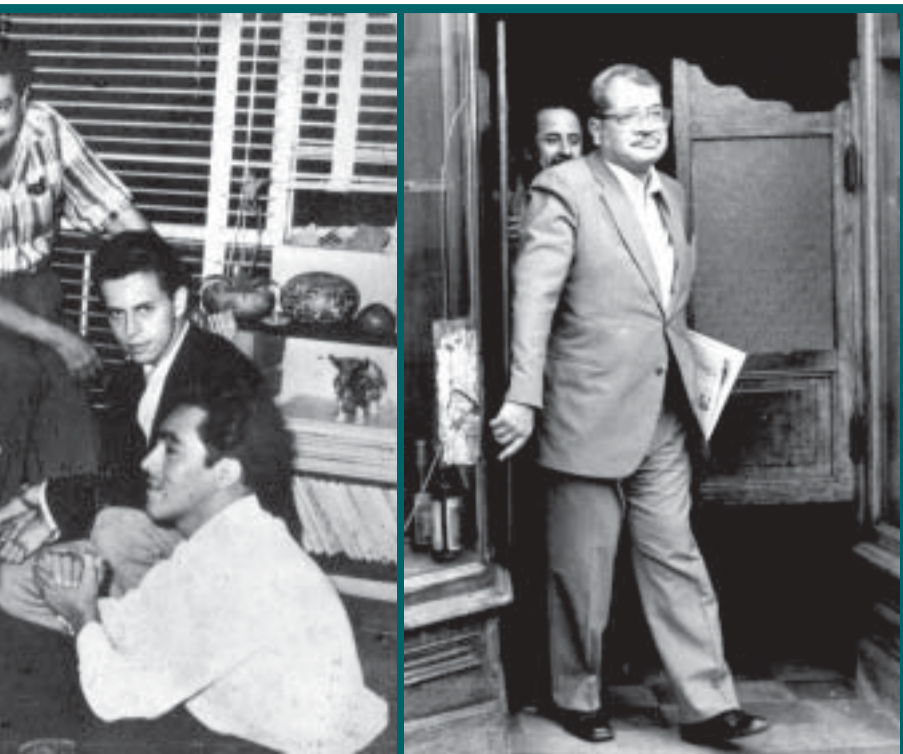
Muy de otro tono las relaciones de Paco y Gonzalo Rose. De temperamento esquivo, los estallidos de ingenio y el repentismo aforístico de Gonzalo no curaban su timidez y extrema sensibilidad. A ratos daba la impresión de un recién venido que muestra embarazo porque ocupa la silla de otro o viste ropa ajena o prestada o mora en el afelio terráqueo. Solían curvarlo ondas intercidentes de apatía y depresión que podían durar horas, días. Más de una vez sentí por él lo que después por otro escritor muy sensitivo, el ex-seminarista y por breve temporada fraile franciscano Luis Valle Goicochea, nacido en Parcoy, autor de poemas 'infantiles' como *Las canciones de Rinono* y *Papagil* (1932) o *Los zapatos de cordobán* (1938), que se dio a la bebida y solía escapar del nosocomio donde intentaba curación. Una mañana el poeta Ma-

nuel Moreno Jimeno (1913-93) nos telefoneó al pintor Aquiles Ralli y a mí informando que, como más de una vez lo hiciera, había recogido en su casa a Valle enfermo y que este le suplicó avisarnos. Fuimos a visitarlo, aunque ya sabíamos que, por desdicha, no había remedio para su mal. Algún tiempo después, cierta medianoche fugó desesperado de nuestro campamento arqueológico de Miramar, en Ancón, para buscar licor en el pueblo. Tan penosa e inmerecida vía crucis concluyó por fin en 1955, cuando un amanecer invernal amaneció muerto

en una gélida plaza Italia.

Dotado de inteligencia, Rose era honesto y bondadoso como un niño. Aunque bien educado, nunca se le ocurrió el empleo asalariado paterno Luis Valle Goicochea entonces ministro de Cultura de Bustamante, limpia conciencia, limpiada conciencia, dulce y trágico surro de mar que amalgamaron términos sociales. Le atraía la música, tenía voz pequeña que silbar tonadillas de Magaldi antes de lo que Florindo y otros juzgaban una locura. Lesa no sé qué nos topamos con

«De mutuos recelos y admiraciones sobre la obra de José María Rosa Tal, la del Paco y Gonzalo. El tiempo escribía sus originales en letra manuscrita, presencia ajena, no solía pausar para leer su poema suyo, una ostensible detención alternativa: nunca pasó de allí. Paco tenía tenacidad. Le obsedían el oficio, la



3 el suelo. Oyó entonces una risa menuda: un niño lo miraba jubiloso desde su ventana. Nos dijo Gonzalo que durante varios días al cruzar por aquel sitio fingía trastabillar y provocaba el jolgorio del infante. Pero nunca le habló. Semanas después, al retomar el atajo para llegar a casa repitió la faena, simulando tropezón y caída inminente. Pero en vez de la risita que esperaba escuchó un gimoteo y el incontenible llanto del pequeñín. «Al principio le divertía imaginar el porrazo que se iba a pegar un extraño», explicaba Gonzalo, «pero ya nos habíamos hecho amigos, ahora le daba pena verme caer». Paco, que escuchaba tan mudo como en misa, más tarde comentó con estudiada y oportuna dosis de neutralidad: «Dime, Carlos, Gonzalo es un sentimentaloido, ¿no? ¡Y qué imaginación, la suya!». Y, tras una pausa muy larga, casi a voz perdida añadió: «¿Crees tú que sea cierto lo que nos ha contado?». Guardé silencio, claro.

De mutuos celos y admiraciones surgen las amistades que más duran. Tal, la del Paco y Gonzalo. El tiempo pudo alejarlos un tanto. Gonzalo escribía sus originales en letra menuda y en pequeñas hojas y, en presencia ajena, no solía pausar para mejorarlos. Al leer en alta voz un poema suyo, una ostensible detención era señal in pectore de un pasaje alternativo: nunca pasó de allí. Paco era la aventura estocástica y la tenacidad. Le obsedían el oficio, la *mot juste*, la precisión verbal. Reescribía cada poema en enormes hojas de tamaño oficio y lo modificaba diez, doce veces con letra legible, redonda, gigantesca.

Rose vivía en Barranco y usaba el tranvía eléctrico para viajar a Lima. Cierta vez nos contó que de vuelta a su casa al mediodía tomó un atajo y al pasar delante de uno de esos balcones de reja de primer piso de las viejas moradas barranquinas pisó en falso y casi dio en

doble tributo al artista. A Gonzalo, como al misántropo Harry Haller, *El lobo estepario* de Hesse, lo ofuscó un enemigo malo, de mal fario. «Estoy otra vez bajo el signo de Acuario, que es un signo húmedo y oscuro», confesaba Haller. Cada vez con mayor ansiedad y extravío tanteaba Gonzalo todo y nada en las brumas del alcohol y ya buscaba refugio en un autoexilio agónico, lacerante, cuando escribió para su amadísima hermana la emotiva *Carta a María Teresa*:

«... me negaron
el Perú en mi desvelo,
y vanamente grito:
devolvedme mi patria,
devolvedme mi escuela de
palomas,
mi casa frente al mar,
devolvedme su calle más pe-
queña,
su lámpara más rota
su más ciego lugar».

Pocas semanas antes de morir Luis Valle Goicochea me decía: «¡No sé qué me pasa, Carlos! No puedo beber licor, eso me arruina... Y tampoco puedo dejar de tomar, ¡no sé!». Poco antes de su muerte divisé a Gonzalo en el bar *Zela*, libando a solas un licor cualquiera. En tono entrecortado me confió que planeaba escribir una novela, *Los lobos*. Inquisitivo, repetí el nombre. Aclaró, con esfuerzo: «Lobos, no. Los *globos*, digo. Es decir, nosotros, Penta Ultra, San Marcos, todo eso. Éramos no más que unos globos rellenos de soberbia, pedazos de vacío inflados de viento y ruido. Pero tarde o temprano un globo se desinfla ¿no es cierto? ... Eso le está pasando a nuestra generación».

No lo vi más. Falleció en 12-IV-1983, de 55 años, en plena madurez creativa. Guardo la primera edición de *Cantos desde lejos* (Lima, Penta Ultra, 1957), con la dedicatoria: «A Carlos Aranibar, en homenaje a nuestros días del fulgor».

EL CORRECTOR INCANSABLE

Nunca he creído en la

espontaneidad en el arte, en especial en la música y en la literatura. No hay facilismo que valga en las más altas creaciones de que es capaz la criatura humana. Bien se conocen, por ejemplo, el estudio infinito y el titánico esfuerzo de Bach o Mozart para crear las piezas que hoy nos arroban. Ítalo Calvino confesaba que más era lo que había tachado que lo que había escrito. Y cómo olvidar la bella descripción de Octavio Paz sobre la magia extenuante del artista que horada el viento y golpea la piedra hasta dar con el sonido que cumplirá en su verso. El poeta irlandés Yeats, premio Nobel que corregía hasta el agotamiento, dijo cierta vez: «*It is myself that I remake*» (Es a mí mismo a quien corrijo).

De Paco bien puedo afirmar que se atuvo siempre a la exigente y sabia receta rubeniana: «pulir, pulir». Virtuoso cultor de un raro preciosismo de artesanía, la horaciana *labor limæ* le inundaba de regocijo y de euforia. En la década de los 90, entrevistado por Maynor Freyre Bustamante, sintetizó: «Mi poesía es una combustión de diccionarios. Soy un parnasiano tardío, en vez de escribir yo esculpo el verso, como pulir un diamante».

(La poesía de Valencia, menos lírica que marcial, hecha para leerse en alta voz, no siempre acusa distancia de un credo político personal. La de Rose, de contenida nostalgia y esperanza en un mejor mañana *para todos*, parece brotar de un venero antiguo, como de una olvidada sabiduría que a veces oprime el corazón. La del Paco, manierista barroco, simbolista enamorado, dueño de un léxico fraguado a yunque y martillo, es obra de un lapidario de paciencia infinita que se impone la dolorosa misión de desbastar el adamantino verbo del amor para descubrir el alma de las cosas.)

banca de la
unusual modes-
onesto consigo
on los demás.
lo necesitara,
rió solicitar un
diado a su tío
Rose Ugarte,
tro de Agricul-
nante. Su poe-
mo grano de
riste como su-
antial, supo
ura y emoción
an los tangos,
ña, le gustaba
as y prefería a
que Gardel -
o, Paco y mu-
nos crimen de
-. A los años
en la calle y,

rumbo a una cafetería, me contó que en un certamen había ganado un primer premio por un vals, *Tu voz*. Le pregunté qué demonios hizo para poder pasarlo a partitura, él, que jamás pudo distinguir una semifusa de un calderón. Sin alardes, me explicó: «Tengo un amigo músico, La Rosa. Yo silbo, canto, él escribe las notas. Él toca el piano, yo tarareo. Vuelve a escribir, corrijo. Y así va el asunto».

Tacneño, Rose vivió en su infancia el influjo nerudiano. Por 1942 llegó a Lima para concurir la secundaria: entonces descubrió a Vallejo. Adoptó la estrofa métrica de 7 y 11

sílabas, la rancia y noble silva castellana pero en verso blanco, sin rima. En su más temprana poesía, de intimismo romántico, revivía lugares y horas de su niñez en estampas de agridulce añoranza. Paco, al comentar un poema en que Rose aludía a Calana, cual fiero dómine que blande la palmeta le recriminaba: «Mira, Gonzalo, esto es como escribir un poema a Agua Dulce o a La Herradura. ¡No, no! Toda poesía aspira a ser universal, sus temas deben ser totales: el amor, la belleza, los sueños, la mujer. Pero una playa tacneña... ¡vamos!» ¡Ah, las cosas del Paco!

Rose vivía en Barranco y usaba el tranvía eléctrico para viajar a Lima. Cierta vez nos contó que de vuelta a su casa al mediodía tomó un atajo y al pasar delante de uno de esos balcones de reja de primer piso de las viejas moradas barranquinas pisó en falso y casi dio en

surgen las amistades que más duran. No pudo alejarlos un tanto. Gonzalo escribía sus originales en letra menuda y en pequeñas hojas y, en presencia ajena, no solía pausar para mejorarlos. Al leer en alta voz un poema suyo, una ostensible detención era señal in pectore de un pasaje alternativo: nunca pasó de allí. Paco era la aventura estocástica y la tenacidad. Le obsedían el oficio, la mot juste, la precisión verbal».

UN TÍO, DE PROFESIÓN NOTARIO

Tenía Paco un tío notario al que mucho más tarde heredó. Una que otra vez, por su encargo repartíamos citaciones de casa en casa desplazándonos en un taxi alquilado por horas y que conducía un viejo y experimentado fulano, un don Chofer. Al final de la jornada, hechas las cuentas reteníamos un 10% por notificación, la propina que nos cabía por la faena. En cada lugar previsto el Paco o yo, por turno, deslizábamos debajo de la puerta de calle el temible papel citatorio. Al llegar a cierta casa Paco le pidió a don Chofer entregar la nota, cosa que hizo. Me expuso el por qué: «Este es un castillo embrujado. Ahí vive un dragón disfrazado de enorme perro feroz que gruñe y gruñe y en cualquier minuto puede echar fuego por el hocico. Don Chofer se maneja bien, ya verás». Más tarde nos detuvimos ante una mísera vivienda con un minúsculo jardinillo de maleza y terral. En vez de flores, dos varas hincadas en el suelo de las que pendía un cordel con ropa mal lavada y expuesta al sol. Dos arrapiezos descalzos se perseguían en círculo, levantando polvareda y chillando de alegría. Paco dobló la citación, la ocultó en un bolsillo interior y dijo: «¡Aquí no entrego nada!». «¿Cómo? ¿qué dirá tu tío?» -le pregunté, de modo automático. Él me miró casi con fastidio y repitió en voz baja: «¡Qué voy a entregar nada aquí! ¡Mira, cómo viven! ...» ¡Ah, las cosas del Paco!

Ejemplo de salud mental, bonhomía y optimismo, incapaz de guardar rencor ni sentir envidia, a menudo Paco parecía echarlo todo a la broma. Detestaba retórica y charlatanería y, por igual, solemnidad y artificio. Transparente, jovial, nunca ocultó ases bajo la manga. De actos primos y respuestas veloces, tenía bruscas salidas de tono, hijas de

falta de tacto y carencia de hipocresía social. Su buen humor era contagioso y muy rara vez se le veía deprimido. Cierta día en que almorzábamos pastas en *La trattoria*, sentí por un momento que perdía rumbos. Se quejaba de no sé qué laberinto, de la falta de sentido de no sé qué cosas, de no hallar tal salida. Con una pizca de tristeza sugirió que gentes como Rose, Valencia y yo estábamos ya fuera de peligro, que ellos encontraron su destino en la política y la poesía y yo mi ruta

hampa en el español actual de Lima, 1956) y una novela de temática social (*La calle de las mesas tendidas*, 1957) e hizo dinero en Venezuela con ediciones de autores clásicos y del día. Jan M. Kermenic, estudiante holandés que, al oír en clase de Raúl Porras que no existía edición peruana de la *Historia del descubrimiento y conquista del Perú* (1555) del cronista Zárate, produjo una propia y con notas a pie de página (Lima, Miranda, 1944). Antonio Maurial Ramos, que publicó cuen-

en 13-X-1999, en un estúpido accidente de automóvil en el camino a Huancayo.

Con afán no menor buscábamos trato con los poetas de años superiores. Valencia admiraba a vates apristas de sesgo y vena social: Eduardo Jibaja, que llegó a dirigir el periódico *Así es* y con el seudónimo 'Ignacio Campos' editó *Coloquios de Haya de la Torre*, el arequipeño Gustavo Valcárcel (1921-92) que ganó los Juegos Florales de 1947 y en 1965 pergeñó *Perú, mural de un*

ha sido -sin Amarilis, sea personaje real o tersa filigrana de Lope- nuestra mejor poeta mujer. Admirábamos al huidizo y hueraño Jorge Eduardo Eielson (1924-2006), temprano autor del sombrío y promisorio *Reinos* (1944), que trae joyas como esta que tomo de un poema que nos entusiasmaba, *Los jóvenes sabios en invierno*:

«*Quién sabe qué cráneo de cera inclinado y agosto vacía en la azul biblioteca su grave magnolia, o qué inteligencia de nieve ha cavado en la noche los astros, ventanas y pinos cuya barba es poesía en las noches de invierno que huyen en humo y ceniza*».

También nos gustaba la poesía de otro «poeta del pueblo», el contumacino Mario Florián (1917-99), que se autollamó 'juglar andinista', cantor de cosas y hombres de la sierra. Montuno, poco sociable, solía discurrir solitario por el claustro sanmarquino. Admirador de Tello, se graduó de doctor en Letras con una tesis sobre las figulinas sedentes en el arte *múchik*. Su poemario *Urpí* ganó en 1944 un Premio Nacional de la Cultura. Mi memoria retiene estas líneas:

«*Tú laboras, andina, con la virtud de miel que no se quiebra. Tú llevas a la espalda almud de trigo e hijo, el niño que no llora porque sabe sufrir desde nacido y sueña convertirse como en cendal de trino, por no curvar tu cuerpo que aún no echan a tierra tantos siglos*».

La búsqueda del «nivel superior» nos impulsaba a colonizar tierras aun más distantes. No tenían la menor culpa los viejos profesores ni los reformados: como ya lo sabía el poeta español Garcilaso de la Vega, es sabrosa la fruta del cercado ajeno. Al socaire de un hastío más retórico que real echába-



1961. Conferencia del poeta español Jorge Guillén. En la foto Francisco Bendeuzú, Jorge Puccinelli, Jorge Guillén, Washington Delgado y Pablo Guevara.

salvadora en la arqueología y la historia. Y luego, de antuición, sin mudanza visible sacó del bolsillo y me leyó el borrador, en versión enésima, de un poema que estaba componiendo ¡y lo vi alegre otra vez, alegre y triunfal como siempre! ¡Miente quien dice que la poesía no puede salvar a un hombre!

LA LECCIÓN DE LOS MAYORES

En todo nivel zoológico funciona la viejísima norma: los menores aprenden imitando a los mayores. También nuestra collera sanmarquina se ajustaba a la regla de oro. Valencia, Rose, Enrique Florindo, Bendeuzú, Covarrubias, Hugo Bravo, yo, no perdíamos ocasión de charlar con alumnos de años superiores: Polo Best o José Bonilla Amado, que fue autor de un estudio sobre la replana (*Jerga del*

tos en el dominical de *El Comercio* y se graduó con un fino y pionero estudio sobre Franz Kafka. Manuel Mejía Valera (1925-1992), que deportado a México por Manuel Odría se realizó a voluntad en el exilio, incursionó en la historia de las ideas y escribió relatos cortos de gran calidad (*Adivinanzas*, 1988). Manuel Capuñay, futuro biógrafo del presidente Augusto B. Leguía (1951). Justo Avellaneda Vivas, que fue profesor de sicología y secretario del ministro de Educación Jorge Basadre. Carlos Cabieses, que cosechó triunfos como parlamentario y dirigente en el partido *Acción Popular*. Paco Carrillo Espejo (1925), más tarde profesor de literatura en San Marcos, que entre muchas publicaciones editó durante 37 años su pequeña revista antológica andina *Harauí* y falleció

pueblo, un ensayo marxista sobre el antiguo Perú, el shilico Julio Garrido Malaver (1909-97), los piuranos Luis Carnero Checa (1910-80) y Guillermo Carnero Hocke (1919-80), el sicayino Antenor Samaniego (1919-83), todos miembros del grupo de «poetas del pueblo», militantes apristas de los que a su debida hora más de uno, defraudado en su ser íntimo, con armas y bagaje enrumbó al comunismo renovando sueños y esperanzas en distinta tierra de promisión.

Al Paco no lo convenía mucho el poeta y dramaturgo Sebastián Salazar Bondy (1924-64), rival de Juan Ríos Rey (1914-91) y su émulo en el egoísmo impune de coleccionar premios nacionales de poesía y teatro. Con Sebastián solía pasear su menuda amiga Blanca Varela (1926-2009), que

mos al traste las obligaciones de nuestros cursos regulares. Para remediarlas estaban cerca y a tiro de súplica la inteligente y guapa Violeta Prkt, a la que, como es obvio, llamábamos sólo por el nombre de pila. O la dulce Lolita (¿adónde van los apellidos que la memoria nos roba?) o Angles Quintana, que hicieron carrera en la Biblioteca Nacional. O Tomasito Azpilcueta, diligente y servicial. O la vivaracha Georgette Thomas, que con ayuda de Raúl Porras hizo carrera en el servicio diplomático. O la solícita y entrañable Petronila Marzal, la angelical Petita que brindaba sus apuntes tan pulcros, tan al día, ¡tan de ver!

La cosa era más honda. Paco, yo, halados por imán invisible fugábamos del aula y oíamos, a título de alumnos libres, lecciones de años superiores. Nos colmaban la sed y el oído las de literatura de Luis Fabio Xammar (1911-47), que poco después murió en accidente aéreo en Antioquia. Walter Blumenfeld nos causó desazón al hacernos patente nuestra ófrica ignorancia en materias de psicología. Ni nos conmovió demasiado Manuel Argüelles al pormenorizar tensiones y nosequés de la adolescencia, pues creíamos conocer bien tales achaques sin ajenas teorías ni lucubraciones. Sin embargo, dos profesores nos cautivaron con sendas clases magistrales. Uno fue el arqueólogo Julio Tello. El otro fue Sánchez, catedrático de *Literatura Americana*.

UNA CLASE DE SÁNCHEZ

Luis Alberto Félix Sánchez y Sánchez (1900-94) ha sido uno de nuestros escritores más prolíficos del siglo XX. Durante su larga existencia publicó casi un buen centenar de libros. Paco y yo devoramos su *Índice de la poesía peruana contemporánea*, recopilado en 1937 y 'de memoria' en el exilio de Santiago y después supimos que un crítico chileno

no señaló 200 erratas en tal libro, que el uruguayo Carlos Real de Azúa afirma que «no es una obra signada por el rigor». Y hubiéramos podido detectar uno que otro gazapo sobre métrica y rima en su popular *Manual de literatura*. «*Rien de plus*», aconsejaba Montaigne. Sánchez escribía con amenidad y talento, pero se prodigó en demasía y todo el mundo sabe que para errar mucho sólo es necesario hablar mucho. Al conjunto de su obra y al propio autor cupiera aplicar el juicio que

conocía al autor. Algo más: ¡claro que había leído la obra en su versión original francesa, como que preparaba una reseña para un semanario limeño! ... Tal, el joven Sánchez. Y tales sus amigos, que con él y Raúl Porras Barrenechea, Carlos Moreyra Paz Soldán, Guillermo Luna Cartland, Jorge Basadre Grohmann, Manuel G. Abastos, Víctor Raúl Haya de la Torre, Jorge Guillermo Leguía, Manuel Seoane Corrales, Ricardo Vegas García, formaron la generación pe-

adornó con un ribete de misterio y afirmó que, tras pesquisas en México, estaba a punto de descubrir al autor que se escondía bajo el seudónimo de Bruno (*sic*) Traven y prometió que en próximo viaje resolvería el enigma. Quedé intrigado por 'el caso Traven', cuya solución nunca le escuché. Sánchez remató la clase con una rápida síntesis del modernismo en México y nos leyó fragmentos de Manuel Gutiérrez Nájera, muerto a los 36 años como Mozart, del veracruzano Salvador Díaz

sía, porque renuncia al misterio y se agota en el vano esfuerzo de contar todo. ¡Como si fuera posible! El verso es más universal que la prosa, como es más universal la síntesis que el análisis. La poesía sugiere y emociona, la poesía siempre aspira a una belleza selectiva, sincopada. Cualquiera Juan Lanús lee una novela, pero sólo quien tiene algo de poeta puede leer poemas».

Le dije: «Tú eres poeta, Paco. Lo serás toda tu vida, sufrirás y serás feliz con serlo». Me miró en silencio y un suspiro cerró el diálogo.

NIGRO NOTANDA LAPILLO

El sorpesivo cuartelazo del general Manuel A. Odría en 28-X-1948 cegó la inocente 'primavera democrática' del gobierno de Bustamante. La paranoica Ley de seguridad interior de 1-VII-1949 y la farsesca 'bajada al llano' de 1950 afianzaron una dictadura militar que se benefició de la exportación de minerales por el grave conflicto de Corea, favoreció la inversión extranjera monopólica y salida del país de sus ganancias, permitió corrupción y peculado y puso a comunistas y apristas fuera de la ley. Los ingresos sanmarquinos de 1946-48 renovaron la lucha y resistencia, mozos que tras el golpe de Odría pagaron alto precio por mantener a su universidad como conciencia crítica del país.

Sé que ningún catálogo, ni siquiera el directorio telefónico, puede agotar nombres, pero en esa nueva juventud hubo personas de alto coraje civil, los de la *Generación de posguerra* o 'Generación del 50', como se les llama: Alejandro Romualdo Valle Palomino (1926-2008), Alfonso Barrantes Lingán (1927-2000), Manuel Scorza Torres (1928-83), Alberto Escobar Sambrano (1929-2000), Pablo Guevara Miraval (1930-2006), Alfredo Torero Fernández de Córdoba (1930-2004), Juan Pablo Chang Navarro-Lé-



Juan Gonzalo Rose y Pablo Casas, autor de «Anita»

le mereció un relator del XVI, el cronista Cieza de León: «Extenso, pero no intenso».

Sánchez no careció de fantasía. Aparte sus obras fictivas, tendía a novelizar la información. Anciano ya Jorge Basadre, en su Tacna natal me contó que en su juvenil grupo sanmarquino era Sánchez quien más peroraba y escribía en diarios y revistas, *Varietades*, *Mundial*, dueño absoluto de cualquier novedad en las letras de Europa y de Latinoamérica, sobre las que con o sin pretexto pontificaba. Me confió Basadre que cierto día complotaron él, Luna Cartland y Vegas García para tenderle una trampa malévol y refinada. Puestos de acuerdo, al verlo llegar inventaron a la rápida un nombre de autor y el de una novela suya recién vertida al castellano. ¡Inútil esfuerzo! Sánchez ya

ruana más brillante del siglo XX.

Su libro más confiable es su juvenil *Los poetas de la Colonia* (1924), escrito bajo la tutela vigilante y severa de su erudito maestro José de la Riva Agüero, cuyo secretario fue. A diferencia de Seoane o de Haya, igual que sus colegas del *Conversatorio* de 1921 Basadre y Porras, nunca fue Sánchez buen orador de plaza. En cambio, excelente expositor de aula cerrada, conferencista elegante y divertido, durante muchos años lució su verbo incisivo y polémico y su ingenioso jugar del vocablo en los recintos parlamentarios, donde estrenó más de una vez alguna imprevista maniobra de política.

En 1946, una mañana Paco y yo asistimos a una clase de Sánchez. Concluía un resumen sobre el novelista B. Traven. Se

Mirón, del tabasqueño Carlos Pellicer, de Amado Nervo y dos o tres poetas menores.

Al salir del aula, mandándose la parte me dijo Paco que el asunto Traven, aunque novedoso, no le iba a quitar el sueño. Que la clase debió ser menos *travenizada*, más detenido el sumario modernista. Fingió un desdén más o menos deportivo y concluyó: «¿Sabes, Carlos? Pase lo de Traven, en fin. Pero el modernismo pide respeto, así sea una escuela semidifunta que ya sólo puebla cementerios y antologías. Gutiérrez Nájera fue un romántico y Díaz Mirón un Chocano que quiere volar más alto, ya sólo leen a Nervo juvenicas cloróticas y Pellicer insiste en seguir torciéndole el cuello al cisne azul de Darío. ¡Pero Traven! ... La novela nunca llega a decir lo que dice la poe-

Foto: Carlos «Chino» Domínguez.

vano (1930-67, que murió en Bolivia junto al *Che* Guevara), Guillermo Lobatón Milla (muerto en la guerrilla del MIR en 1966), Pablo Macera dall'Orso, Aníbal Quijano Obregón, Federico Kauffmann Doig, Carlos Germán Belli de la Torre, Manuel Velásquez Rojas, Oscar Franco Llaque, Alfredo Ponce Chirinos, José Luis Calvo, Luis Alberto Peláez Pérez, Raúl Peña Cabrera ... Varios de ellos fueron entusiastas jóvenes apristas que, tras el rotundo fracaso de la intentona revolucionaria de principios de octubre de 1948, abandonaron para siempre el partido de la ilusión y refugiaron sus sueños invictos en la izquierda radical.

Eran de cada día toques de queda, huelgas, detenciones, mítines disueltos a varazos, gases lacrimógenos y potentes chorros de agua fría que lanzaba el famoso *Rochabús*. Al atardecer, camiones del ejército, los temidos «caimanes», recogían por las desiertas calles a los transeúntes y bohemios erráticos que violaban la hora de queda y los almacenaban por la noche en la comisaría más próxima. Piquetes de alumnos tomaron la universidad, atrincherándose en ella. Un día los tanques de la división blindada, con la cómplice pasividad del rector Pedro Dulanto, rompieron las puertas de San Marcos y entraron los hombres de uniforme. Ese día murió la reforma que iniciamos en 1945. Como en una diáspora, la dictadura exilió a la rebelde juventud que se negó a capitular ante la fuerza bruta. Fueron deportados Ricardo Napurí (ex-alférez de la aviación, expulsado por negarse a «bombardear a los insurrectos apristas el 3 de octubre de 1948»), Luis Alberto Peláez, Alberto Valencia, Juan Pablo Chang a la Argentina. Carlos Delgado a Guatemala. José Luis Calvo al Brasil. Gonzalo Rose, Manuel Scorza, Gustavo Valcárcel, Ma-

Francisco Bendezú con Isabel Vega y el gran Pérez Prado.

nuel Mejía a México. Conocieron prisión Aníbal Quijano, Ismael Frías, Raúl Peña, Carlitos Howes, Manuel Velásquez, Alfonso Barrantes, el *Mochozevallos*.

PACO EXILIADO

Adiós, pues, radiosos destellos de la primera juventud. En 1953, una mañana Paco me llamó por teléfono y me pidió ir al aeropuerto: pronto salía el avión que lo llevaría deportado a Chile. El asunto pide explicación. Los estudiantes comunistas de San Marcos montaron un organismo de fachada, el *Comité pro-Paz*. Al secretario general, Luis Alberto Peláez, los esbirros del gobierno lo apresaron y deportaron a Argentina. Le sucedió José Luis Calvo, detenido y enviado al Brasil. El siguiente secretario fue Paco Bendezú, sincero e insólito marxista, demasiado *sui generis* pero convicto a boca plena, que tampoco se libró de la histeria anticomunista. Esparza Zañartu, direc-

tor de gobierno y brazo ejecutor de Odría, lo encerró en la Penitenciaría – donde escribió su poema *Melancolía*– y ordenó expulsarlo al país del sur.

Encontré al Paco en el aeropuerto. Sentado ante una mesa jugaba a los naipes con otras dos personas. Una, el joven poeta y brillante escritor Manuel Velásquez Rojas, con quien trabé cordial amistad en la tertulia del bar *Palermo*, del que durante varios años fuimos habitúes. La otra, un hombre de la Policía de Investigaciones, el custodio que debía embarcar a Paco en el avión. Los tres hacían el efecto de amigotes que matan el rato con algún pasatiempo. No hubo adioses de melodrama ni mucho menos y el Paco, tal vez fascinado por la impredecible aventura del exilio, hizo el gasto de la conversación. Quince días después recibí una carta suya desde Santiago de Chile. Hablaba de todo, con entusiasmo de turista y parsimonia de residente. Con

el trivial orgullo de quien festeja una hazaña en corral ajeno, me contaba que pasó una noche en la Gendarmería. Lo habían detenido por armar en cierto bar nocturno una gresca con un teniente del ejército chileno según parece porque, gracias al vino local y sus bondades, no coincidían ni de lejos sus versiones sobre algunos episodios de la guerra de 1879. ¡Ah, las cosas del Paco!

*

Mucha agua corrió bajo los puentes. Paco volvió a Lima en 1956, ganó dos veces el Premio Nacional de Poesía, obtuvo la jugosa beca *Javier Prado* y viajó a Europa. El régimen cavernícola de Franco impidió su ingreso a España y pasó entonces a Italia. Alumno de Ungaretti, fue traductor de Quasimodo y Montale. Vuelto al Perú publicó poemarios y pronto se le rindió la crítica nacional (Alberto Ureta, Sebastián Salazar Bondy, Luis Alberto

Sánchez, Alberto Escobar, José Miguel Oviedo, Javier Sologuren) y extranjera (Luis Monguío, Roberto Paoli, Cedomil Goic, Aldo Onorati). Ingresó a la docencia en San Marcos y solíamos vernos con espacio en los exámenes de admisión. O, de prisa, en los pasillos de la Facultad de Letras en la Ciudad Universitaria, cada uno en camino a su aula. En 1961 asistió a la colación de mi grado de doctor y me obsequió un ejemplar de *Cantos*, en edición ilustrada, con bellos poemas sobre obras del pintor de Chirico al que, según me confesó, nunca llegó a entrevistar. Conservo, asimismo, la primera versión impresa de *Los años* y la edición 'definitiva' (Lima, 1961), con estas líneas de su mano: «A Carlos Araníbar, con la inmensa amistad y el indeclinable afecto de Paco».

PACO Y EL ETERNO FEMENINO

En los últimos años, a cuestras achaques de la edad, Paco salía cada vez menos de casa. Me contó que a veces iba al banco por un dinerillo y compraba libros que ya no sabía quién iba a leer. Gozaba la eventual visita de su hermano el médico Jesús y de algunos pocos y fieles amigos. Si vivió vencido y vencedor de Erato y sus vaivenes, al final el vulgar y prosaico teléfono fue el *hobby* que mantenía vivo su enlace con el mundo exterior. De modo casual acudíamos a esa vía en largas conversaciones que a ninguno de los dos podían aburrir.

La última vez mencionó con tristeza a su hermano, preso en la noche del Alzheimer. Como antes, nos burlamos de un par de cosas serias y un par de personajes pacatos y solemnes y evocamos con renacido placer trastadas de juventud. Luego, variado el clima, me leyó el borrador de un poema dedicado a Mercedes, su eterna musa. Cautivo de un mal hábito, señalé una cacofonía por exceso de la



Foto: Carlos «Chino» Domínguez.

Francisco Bendezú y la artista argentina Isabel Sarli, 1961.

'p' explosiva. Como siempre rotundo, el Paco me cortó: «No, Carlos, nada de cacofonías. Es una aliteración voluntaria que justamente busca sonoridad. ¡Sonoridad! ¿Sabes? Voy a añadir algo, por ejemplo 'su propio padre', para volver más audible, más neta, la figura». ¡Ah, las cosas del Paco!

Tras risueñas memorias y bromas, ahora inútiles, me preguntó si recordaba cómo concluye el *Ulises* de Joyce, si se repiten tres veces las afirmaciones que cierran el libro. Quería cotejar la conclusión del voluptuoso monólogo de Mary Bloom, en la versión española de Salas Subirat, con el original inglés. Pronto ubiqué el volumen y resumí: «En las líneas finales cuento nueve veces la voz 'yes'. Las tres últimas, 'sí, dije, sí quiero, Sí', son las que mencionas»:

«I put my arms around him yes and drew him down to me so he could feel my breasts all perfume yes and his heart was going like mad and yes I said yes I will Yes»

(lo rodeé con mis brazos sí y lo acerqué a mí para que pudiera sentir mis senos todo perfume sí y su corazón latía enloquecido y sí yo dije sí quiero Sí).

Con tales tres asertos calza mi evocación de Francisco Bendezú, en tanto que poeta de la femineidad total. Adhesión a la mujer y el imperio inefable del amor, adhesión que se rinde a la belleza erótica y sensual cuando es pasión que turba y ciega, adhesión a la voluntad de Ser y a la existencia misma. Creo que si alguna divisa puede resumir al poeta romántico que cantó a la mujer, «guitarra blanca del amor», a veces en tonos de hierática y casi religiosa liviandad, es el final del *Chorus mysticus* del *Fausto* goethiano:

«Das Ewig-weibliche zieht uns hinan». (El eterno femenino nos impulsa hacia lo alto.)

A diferencia del estéril afán de las Danaides, en la perenne lid heroica de la

criatura humana, que es parto de la luz, contra las Erinias y Gorgonas, que son engendro de la noche, creo que algún día el *eros* ha de abatir al *thánatos*, así como en sus horas más altas la poesía y la música parecen hollar la muerte cuando detienen la clesidra e invaden esa dulce y calma región en la que, al escuchar al organista ciego Francisco de Salinas, sintió fray Luis que

«el aire se serena y viste de hermosura y luz no usada, Salinas, cuando suena la música extremada, por vuestra sabia mano gobernada».

Quién sabe si en aquellas fééricas cumbres, a las que ascienden *per gradus ad astra* unos pocos elegidos, los artistas de talento brujo se desligan, ingravidos, de atadura y de freno y al empuje lozano y siempre virgen de la fantasía y del ensueño osan vislumbrar como «*sovra'l verde smalto*» el hechicero y fugaz

resplandor del quimérico Mandala, ese hermético y extraño símbolo que en silencio comprime el universo entero y congela en un instante el tiempo que los profanos solemos llamar Eternidad.

ARBITER POETICUM

El patricio de la Roma imperial, forjado en el ejemplo y en la *virtus*, aprendía a gozar la vida en plenitud y, llegado el caso, a tenerla en poco y afrontar con estoicismo el fin final. *Carpe diem, memento mori*, dos caras de una medalla. Y cuando yacente en su lecho de enfermo sentía llegar la última niebla, en un bravo gesto de pudor y orgullo volteaba el rostro a la pared para que nadie presenciara su agonía.

Arbiter poeticum, tal un viejo y cultivado Petronio, sin aspavientos ni quejas vanas, como a hurtadillas se nos fue un día el gordo Paco Bendezú. Y, si para cada tristeza cobijamos una brizna de consuelo, algo alivia recordar que supo disfrutar de la vida,

que bebió sediento y a ratos en copa desbordante. Nada sé de sus horas finales, sólo sé que le falló el corazón.

«¡Pobre poeta! Ya está callada el arpa del amor», dijo un vate español del siglo XIX, Enrique Gil. Ya sé que cada vez importan menos y menos los instantes que preceden al Silencio y las nimias cosas que un día fueron. Mas cuando imagino a Paco de cara al último peldaño sospecho, intuyo, envidia la pagana irreverencia del veterano guerrero-niño, del romántico trovador de «alma de querube y lengua celestial» que, embriagado por irisados espejismos de huríes inquietantes y lenitivos remansos de un azul Mediterráneo, entre secretas prisiones del alma y mágicos espasmos de iluminada penumbra cegó en silencio la fuente de la bella poesía de amor y de luz que hoy le sobrevive.

Lima, julio de 2009

TWILIGHT

A Mercedes

Yo soy el granizo
que entra aullando
por tu pecho desquiciado.

Soy tu boca.

Yo atesoré a ras del sueño,
debajo de las horas,
el latido de tus pasos por el polvo de Santiago,
y tu densa fragancia de magnolia,
y tu lenta cabellera
con perfil de éxtasis o algas,
y el ardor fulmíneo de tus ojos, que de noche,
como naves sobre el mar,
la bruma iluminaban.

Como guijarros de playa,
o nostálgicos boletos entre cintas y violetas olvidados,
enterré en mi corazón la línea de tu frente,
la piedra gastada de tus codos, tus sílabas nocturnas,
el fulgor de tus uñas, tus sonrisas,
la loca luz de tus sienas.
¿No sientes trasminar mi dolor a través de tu cuchara?
Mi memoria quedó tal vez en ti
como la ediciones vespertinas
en las bancas de los parques desahuciadas.

Tu sombra es mi tintero.
Juventud.
¡Juventud mía!
¿Qué tumbos socavaron
La torre más alta de mi vida?

¡No habrá nunca
hilo más puro
que tu larga mirada
desde lo alto de las escaleras,
ni lampo de cometa comparable
a la curva nevada de tus dientes!
Cantaba la mañana
en las pálidas cortinas y la yerba.
El tiempo cintilaba en tus vidrieras
como sólo una vez el tiempo parpadea.

Ya no estás entre las flores. Ni volverás
jamás a estarlo. ¿Qué tu amor sino labios
que escrituras en el viento fueron?

¡Yo quiero que me digan
si el amor, como los pájaros,
se va a morir al cielo!

Me acuerdo de una noche de trenzas y peldaños,
y óxido, y collares,
me acuerdo, como ayer, de lo futuro.

¡Quiero acuñar, como el otoño,
medallas en las calles,
o beberme llorando tu ausencia en los teléfonos,
o correr, correr a ciegas por
los tejados de todas las ciudades
hasta perderme para siempre o encontrarte!

¡Otra vuelta estar contigo!
¡Oh día de verano
extraviado en alta mar
como una mariposa!
Contra el flujo incoercible de los años
los días, uno a uno,
absurdamente buscan tu lámpara en las sombras,
no la penumbra, no el espejo de la muerte,
sino el cristal de la esperanza:
tu ventana que sólo está en la tierra.

¡Aspersiones de ceniza para tu boca cerrada!
Otra vez tengo veinte años, y sonámbulo, y en llanto
a la puerta de tu casa estoy llamando,
al pie de tu reja, como antaño,
bajo la lluvia sin telón ni máscaras ni agua.
¡Oh zumbantes calendarios
que en vano el cierzo,
como a encinas,
deshojara!

¡No me digas que te quise! Te quiero.
Te debía este lamento, y aunque un grito
mi sangre apenas sea,
también te lo debía: un solo interminable
de un corazón en las tinieblas.

Francisco Bendezú
Cantos. Lima, Ediciones La Rama Florida, 1971.
